

LA PEDAGOGIA HOY: RETORNO A LOS PRINCIPIOS Y... ¡MAR ADENTRO!

María Pliego Ballesteros

Cuando oteamos el horizonte y atisbamos algún peligro, la prudencia nos indica volver a los fundamentos, a las ideas madre, para no perdernos. Nuestra línea de pensamiento seguirá el sabio consejo de «recordar con gratitud el pasado, vivir con pasión el presente y abrirnos con confianza al futuro»¹.

EL PASADO Y EL PRESENTE

Toda conceptualización pedagógica parte de la idea que se tenga sobre el ser humano. Al elegir el realismo filosófico, nos situamos fuera del materialismo y del idealismo. El hombre es la síntesis de materia corpórea y de alma espiritual. Sus potencias sensitivas, además de las racionales —inteligencia y voluntad—, lo colocan por encima de las bestias y por debajo de los ángeles. Su capacidad de leer dentro (*in-tus légere*) y captar la esencia de las cosas, trascendiendo la captación sensible de los accidentes, le hace posible llegar a la idea universal. Pero «todo conocimiento lleva en sí mismo el riesgo del error y de la

¹ JUAN PABLO II., *Novo Millennio ineunte*, 1.

ilusión [...] que no debemos subestimar» (Morín, 1999, p. 17). Además, su apetito espiritual —su voluntad— escapa a la determinación de los instintos y lo hace libre para auto determinarse al bien. En cuanto elige el mal —o más exactamente, un bien no debido—, aunque sea signo de libertad, en realidad éste lo esclaviza.

El marxismo definía contradictoriamente la libertad como «conciencia de la necesidad». Los filósofos materialistas no concebían esta grandeza de la dignidad humana: ser arquitectos del propio destino; negaban la capacidad de compromiso y la responsabilidad ante lo libremente elegido. Este modo de visualizar la existencia ha afectado mucho las relaciones humanas y las sigue afectando.

Ubi spiritus, libertas, es el lema de la Universidad Panamericana. Sólo afirmando la existencia real del espíritu, podemos afirmar la educación de la voluntad en la libertad. «La libertad nos ayuda a ser menos dependientes de nuestro entorno, a tener una plenitud interior más rica» (Frontodona, 2001, p. 126).

El modernismo exageró el grito de la Revolución Francesa de 1789: *Liberté, Egalité, Fraternité*, como si se lo debiéramos a ella. El cristianismo venía ya señalando la «libertad y gloria de los hijos de Dios; de la igualdad entre judíos y gentiles, hombres y mujeres, esclavos y libres»; y de la fraternidad cuyo fundamento último se encuentra en afirmar a Dios como Padre de todo el género humano.

El biologismo, el psicologismo, el sociologismo, la ingeniería educativa, polarizan la acción pedagógica y no logran el objetivo del perfeccionamiento integral.

El ser humano es ciertamente perfectible, pero si nos ocupáramos sólo de una parte de su naturaleza, en realidad no lo perfeccionaríamos, sino que estaríamos propiciando un cáncer deformante. La pedagogía integral se ocupa holísticamente de la persona humana, sin privarla ni de su corporeidad ni de su espiritualidad: inmanencia y trascendencia; lo individual y lo social; la interioridad y la exterioridad.

La fragmentación y los reduccionismos antropológicos han hecho mucho daño a la pedagogía: la corporeidad, lo mismo que la

espiritualidad; la razón, la voluntad, la afectividad; la búsqueda de la verdad, el bien y la belleza; las potencias naturales y las sobrenaturales en el orden de la gracia; el todo y la parte, deben ser profundizados por el pedagogo que desee cumplir con su cometido profesional. Somos complicados, pero singulares e irrepetibles. La pedagogía que no fomente la unidad de vida, está condenada al fracaso. «El desarrollo de las ciencias que ha conducido a la fragmentación del saber, tiene también como consecuencia la disolución del hombre, hasta el punto de que se puede afirmar que hoy las ciencias estudian al hombre en ausencia del ser humano» (García Amilburu, 1996, p. 29).

El psicologismo pedagógico ha contribuido con nuevas teorías del aprendizaje que enriquecen a la didáctica, pero si sólo nos importara esto, fragmentaríamos a la persona y no nos preocuparíamos de su inserción positiva en la sociedad, de su actitud de servicio para con ella, etcétera.

Otro punto a tener siempre presente es el conocimiento y el respeto por la ley natural. Muchas ideologías han desviado la atención a dicha ley y sus proposiciones se alejan de coadyuvar en la consecución del fin último. La naturaleza humana tiende a la felicidad, definida como posesión estable de todo bien y ausencia de todo mal. La experiencia nos muestra la imposibilidad de alcanzar dicho fin en esta vida, de ahí la necesidad de abrirnos a lo trascendente. La unanimidad de las culturas antiguas y actuales —a excepción del materialismo—, nos apuntan a una vida ulterior a la presente: la inmortalidad del alma fue probada filosóficamente por Platón. Por lo tanto, ésta es una verdad asequible a la luz natural de la razón y confirmada por la fe.

Cuando se concibe la vida superficialmente, se vive nada más que para el momento presente, de una manera egoísta, sin sentido de responsabilidad y sin amor a lo que otras culturas —además de la propia— nos han legado en herencia. En relación con la pedagogía, exacerbar la tecnología educativa, equivale a cierta idolatría por los medios, olvidándose de los fines. La didáctica, que es un medio educativo, está al servicio de la persona para facilitarle de algún modo su acercamiento a la unidad, verdad, bondad y belleza, es decir, a los trascendentales del ser.

Por ejemplo, una de las tareas más importantes del pedagogo, es la de ser formador de la conciencia moral. La ley natural desde el punto de vista ético, nos proporciona la ciencia necesaria para que actuemos en conciencia. Mucho se ha perdido en relación con el dictamen de bondad o de maldad. Qué es el bien y qué el mal —afirman quienes propugnan por una «moral de situación»— depende de quién lo diga, de los intereses y caprichos del momento, de la moda, de la ideología en turno, etcétera. El relativismo subjetivista fue condenado al fracaso por los mismos griegos. Lo representaban como una serpiente que se enrosca comiendo su propia cola: está consumiéndose en un sinsentido lógico. «Todo es relativo» es una contradicción; luego, hay algo que no es relativo: que todo lo sea.

¡No! Es posible llegar a lo universal, válido para todos los seres humanos sin distinción de lugar y tiempo, si partimos de su naturaleza. Lo que ennoblece a la persona, lo que le ayuda a alcanzar su fin y colmar su sed de infinito, es bueno, objetivamente hablando. ¿Y quién se atreve a decir lo que conviene a toda la pluralidad de seres humanos, de diferentes razas, épocas, circunstancias, etcétera? Nada menos que su Autor. El Decálogo está vigente. Quien lo obedece alcanza, ya desde esta vida, una paz interior y una seguridad de ir por el camino que conduce a su fin eterno. No es fácil ni sencillo, pero cierto sí que lo es. La época postmoderna presume de haber superado tabúes y considera capitidismos o retrógradas a quienes tornan a los principios y estudian la historia de los personajes que han alcanzado las cimas de la cultura. Ojalá no nos importen sus críticas y continuemos dirigiendo el timón de nuestra nave sin permitir que otros nos manipulen y gobiernen. «Desde esta perspectiva carece de sentido la contraposición entre ser y deber: el ser reclama al deber para realmente ser» (Altarejos Francisco, 1998, p. 90).

EL FUTURO

«Donde haya un ser humano, hay trabajo para un pedagogo». Esta frase que escribí y enseñé hace tiempo, sigue teniendo actualidad, y más, cuando constatamos que los índices de desempleo van *in crescendo*.

El trabajo de cada persona «tiene un fundamento ético-social, debe respetar las normas morales que aseguren resultados honestos y duraderos en beneficio de toda la comunidad y no deben ser valorados exclusivamente con criterios de mera eficiencia técnica y de inmediato interés personal» (Peláez Miguel Ángel, 1991).

La actitud emprendedora y la capacidad de trabajo en equipos plurales e interdisciplinarios, debe fortalecer al pedagogo que quiere ir «mar adentro». Es triste quedarse en la orilla del mar o ser salpicado por el reventar de las olas con una actitud de queja, despertando lástima porque no hay quien lo contrate. La audacia, creatividad, diagnóstico de tantas necesidades que nos circundan deben sacarnos de nuestra pasividad o de nuestra tibieza laboral. Los activos, caracterológicamente hablando, irán a la cabeza proponiendo líneas de acción y ejecutándolas. Los no activos serán el «cerebro gris» que haga reflexionar si las decisiones emprendidas son las adecuadas, y sabrán colaborar en la realización de los proyectos en los distintos campos de acción del pedagogo.

En la familia hay muchísimo por hacer:

- a) Fortalecer a la mujer. Quienes quieren destruir a la familia y a la sociedad con el objeto de lograr que los grupos humanos se transformen en rebaños manipulables, tienen en la mira a todo el sector femenino, sin importar su edad. Siembran la confusión en cuanto a su identidad y su papel educativo. La feminidad no depende tanto de la moda en el pensar, vestir o actuar —aunque todo esto influye necesariamente—. La mujer posee cualidades complementarias a las del hombre, que requiere descubrir y potenciar, olvidándose de toda actitud de competencia con el varón. Puede y debe aportar a la familia y a la sociedad, su fina sensibilidad ante el dolor, la belleza y el amor; su capacidad de análisis que le lleva a resolver los problemas de relaciones humanas —familiares y laborales—; su sentido práctico que es capaz de hacer operativas las teorías; su ternura, generosidad y abnegación —virtudes tan vilipendiadas— al servicio de la vida, de la educación exigente a la vez que comprensiva. Fisiológicamente y psicológicamente, la mujer está hecha para hospedar, nutrir, orientar:

sabe dar calidez a los espacios interiores, decorándolos con gusto; sabe hacer amable la vida familiar y la laboral, permitiendo que los extraños se encuentren como en casa...

- b) Demostrar que sólo la familia, fundada en el matrimonio, puede ser el agente educativo primordial. Esto supone prevenir, con una formación específica, el valor intrínseco del noviazgo bien llevado, de tal modo que se eviten las experiencias sexuales que conllevan a embarazos no deseados, a «matrimonios» a prueba u obligados, los cuales por dañar la unidad y la indisolubilidad o el libre consentimiento, resultan nulos. Si no profundizamos en esto, podemos ocasionar un daño grave en la mente infantil haciendo que el niño trate de integrar éticas incompatibles.
- c) Fortalecer el verdadero sentido de la autoridad. Ante los ataques del ambiente que cuestiona absolutamente todo y considera la obediencia como falta de personalidad, así como ante ejemplos nefastos de una pretendida autoridad que por ser irracional y basarse sólo en el dominio, la prepotencia y el capricho, provoca rebeldías auténticas. «Nadie debe extrañarse, pues ello no es sino consecuencia del poder que sobre la persona humana tienen las mentalidades y vigencias sociales» (Ibáñez-Martín José, 1998, p. 55).
- d) Quienes quieran ejercer la autoridad/servicio, se ven en la necesidad de comenzar en menos cero, no blandiendo a su favor el principio de autoridad, sino fundamentando la autoridad de los principios.

En los *centros educativos*, desde preescolar hasta postgrado y la atención a la tercera edad, incluso abriendo el espacio escolar con la educación a distancia y rompiendo con el tiempo —dada la instantaneidad de acciones presentes—, la formación y el perfeccionamiento de directivos, docentes, padres de familia, personal administrativo y manual, es una tarea que no tiene fin. El diagnóstico de necesidades es el que debe cambiar de una institución a otra, y el pedagogo requiere demostrar su capacidad de adecuación a dichas necesidades, ofreciendo programas atractivos y que realmente proporcionen alternativas de mejora. El proceso de selección y orientación de alumnos, su asesoría académica —«cada persona y cada situación son únicas:

el saber prudencial tiene la palabra» (cfr. González Simancas José Luis, 2002)— y la evaluación global de la institución requieren, en muchas ocasiones, de un órgano externo para proporcionar mayor confiabilidad a los resultados.

En la *empresa* también se necesita de pedagogos que coadyuven en la formación de equipos directivos, mandos intermedios, desarrollo humano y orientación familiar. Cada vez nos encontramos con empresarios más sensibles y dispuestos a invertir en el factor más importante de la empresa —el humano—, porque se ha demostrado que un trabajador atendido en sus necesidades humanas es más redituable.

En los *medios de comunicación social* hay mucho por hacer. Incluso existen profesionales o no, en dichos medios, que no conciben su papel educativo y que no aceptan que se puede divertir formando o deformando a los lectores, radioescuchas o televidentes. Una de las principales vías de conocimiento y de educación, es la lexicográfica y la iconográfica. La imagen está llevando la delantera, en detrimento de la palabra escrita. La primera es más efímera, se dirige preponderantemente al subconsciente; la segunda requiere esfuerzo y por eso perdura más ya que necesita del juicio crítico casi de inmediato. Pero la vía auditiva no se queda atrás; en cuántas labores, horas de conducción de transportes diferentes, ejercicios de relajación, etcétera, la radio, los discos compactos y las cintas grabadas acompañan por doquier. La influencia de la llamada *pop culture* y sus postulados —dinero, éxito, violencia, conducta ilegal y comercialización, como imágenes transmitidas a través de la cultura popular— tiene efectos anti-cívicos, aunque un adolescente destaca que «no puedes culpar a la cultura pop por las faltas de otras instituciones» como las escolares o las familiares (cfr. Lewis Andrés, 2002, pp. 59-60). El pedagogo creativo que ofrece proyectos y acude a diversos concursos ya establecidos puede presentar alternativas para divertir educando, para acompañar el acrecentamiento humano a través de la cultura, para incidir en la formación ciudadana proporcionando guías útiles para un trabajo respetuoso en la pluralidad, sin confundir la tolerancia y la defensa de la verdad, la justicia y la paz, con otros sucedáneos que esconden un relativismo y una carencia de principios.

Termino este breve escrito con un hálito positivo de esperanza. Si nos preguntáramos cuál es la virtud más importante para el pedagogo, no dudaría en responder: ¡la esperanza!

Quien se desespere porque los educandos requieren tiempo y atención, o quien no trabaje, dejando que la naturaleza actúe por sí sola, no ha sabido elegir su profesión. La pedagogía es una ciencia y un arte que requiere paciencia, audacia, observación de la realidad, creatividad, responsabilidad, trabajo..., porque vale la pena empeñarse en coadyuvar con el propio educando en su perfeccionamiento integral. Existe tanta ignorancia, tanta debilidad de voluntad, tanta afectividad herida y mal encauzada, tantas capacidades muertas, que no son despertadas y conocidas por quienes las poseen... Toda profesión plantea retos y, entre más abiertos sean sus horizontes, más animosa es la lucha por ascender hasta alcanzar metas y sueños. La visión de futuro de un pedagogo con esperanza es —sin duda alguna— una de las más ricas, necesarias e interminables, que en un mundo como el nuestro, aporta sentido a la vida, ilusión profesional, servicio auténtico a la persona y engrandece a la patria sin demagogias: con hechos fehacientes. ■

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALTAREJOS, Francisco, *et alia.*, **Ética docente.**, Barcelona., Ed. Ariel S.A., 1998.

FRONTODONA, Joan, en **ESE. Estudios sobre Educación.**, Pamplona., 2001.

GARCÍA ALMIBURU, María., **Aprendiendo a ser humanos.**, Pamplona., EUNSA., 1996.

GONZÁLEZ SIMANCAS, José Luis., en **ESE. Estudios sobre Educación.**, Pamplona., 2002.

IBÁÑEZ-MARTÍN, José, *et alia.*, **Ética Docente.**, Barcelona., Ed. Ariel S.A., 1998.

LEWIS, Andrés, *et alia.*, «The anticivic effects of popular culture on American Teenagers», en **ESE. Estudios sobre Educación.**, Pamplona., 2002.

MORIN, Edgar., **Les sept savoirs nécessaires á L'éducation du future.**, Paris., Ed. Du Seuil., UNESCO., 1999.

PELÁEZ, Miguel Ángel., **Ética, profesión y virtud.**, Madrid., Ed. Rialp., 1991.